

Nacida en Valencia el 1 de octubre de 1940
Hija de Rafael y de Julia
Tiene cuatro hijos
Vendedora ambulante de pescado

La venta de pescado por las calles de pueblos como Catarroja ha sido una de las costumbres más típicas de la Albufera durante décadas y se ha perdido completamente por no poder adaptarse a las medidas de sanidad que se requieren en estos momentos.

Remedios lo hizo hasta el año 2010, ocupándose además cada día de sacar adelante su casa, a su marido y a sus cuatro hijos. Fue una de las primeras mujeres de su pueblo que se sacaron el carnet de conducir y con una pequeña furgoneta iba por los mercados de los pueblos de la zona vendiendo lo que pescaba su marido.

Es la viva imagen de las ganas de trabajar, de salir adelante y de luchar por su familia y por una realidad mejor.

Remedios Morea Sancho



Entrevista en vídeo





A lo largo de todas las entrevistas me han contado muchas actividades que eran muy populares en la Albufera y que yo prácticamente desconocía. Una de ellas era la venta ambulante de pescado por las calles de algunos de los pueblos de la zona.

Las mujeres de los pescadores salían con un *cistellot* o cesta grande y con un carrito a vender lo que pescaban sus maridos para sacar un sobresuelo o una ayuda en casa. Para ello recorrían las calles anunciando su paso con una expresión que ha llegado hasta nosotros pero que no tiene una traducción real en nuestra lengua que es *priau peix* o *prieu peix*. Esta era una voz conocida que anunciaba la presencia de la vendedora en la calle y las mujeres salían a las puertas de sus casas para comprarle.

Como me contó Remedios Morea, algunas personas no entendían esta expresión, ni tan siquiera ella misma y, al igual que otras vendedoras, utilizaban otros términos como *peix vivet*, *tenca viveta* o *pa torrar*. Decía que quienes anunciaban su presencia así eran las mujeres que llevaban más tiempo haciéndolo, a las que ella denominó, con cariño, *las antiguas*.

Ella empezó a vender de forma ambulante después de casarse ya que su suegra ya lo hacía y le dijo que se fuera con ella algunos días a vender, a probar y a ver cómo le iba, pero tuvo el problema de que, al principio, le daba vergüenza llamar y anunciar su presencia y su suegra le dijo a su marido, *esta no vendrà mai perquè té vergonya de cridar*. Ella recuerda que poco a poco se fue haciendo el ánimo y que fue dejando atrás esos reparos por lo que su suegra se iba por unas calles y ella por otras.

◀ Remedios en la cocina de su casa en Catarroja

Por lo que ella recuerda, y es lo que siempre ha pensado, la palabra o la expresión del *priau peix*, o algo parecido, es una expresión muy antigua, que debía venir de la adaptación de alguna expresión similar como *triau peix*, pero ella no lo sabe con certeza. Tampoco lo saben otras vendedoras con las que he tenido la oportunidad de hablar.

Se siente muy orgullosa de haber estado desarrollando esa labor hasta apenas hace cuatro días ya que dejó de hacerlo en el año 2010 porque los veterinarios municipales necesitaban que cumpliera nuevas normativas sanitarias que se estaban aplicando en el resto de comercios del sector y que ellas no podían asumir por la precariedad de sus medios.

Remedios Morea estuvo vendiendo pescado por las calles de los pueblos de la zona de la Albufera durante más de cincuenta años. Vendían, sobre todo, anguilas, llisas y tencas, aunque recuerda que, cuando era la temporada, vendía huevas de tenca, que ella considera que son como el caviar, tenían un valor alto y una demanda bastante importante, lo que les suponía una venta muy suculenta.

En los últimos años, Remedios recuerda que las mujeres se habían vuelto más señoritas y le pedían que les abriera y les limpiara el pescado, *¿Reme, por qué no me lo abres?*

Remedios fue una de las últimas vendedoras que realizó esa tarea en Catarroja y los últimos años no fueron fáciles ya que prohibieron la venta ambulante en todo el pueblo, aunque la alcaldesa dejó que las vendedoras siguieran haciéndolo porque era una tradición y que podrían hacerlo hasta que se jubilaran. La mayor parte de estas mujeres llegaron a tener permiso de actividad y licencia controlada por el veterinario municipal.

Una de las particularidades que tuvo ella y que la diferenció del resto de mujeres que salían a vender por las calles de Catarroja es que se dio

cuenta de que había demasiadas mujeres haciendo la misma labor, que se tropezaban por las calles y que tenían la oferta muy saturada, por lo que ella decidió, en un alarde de valentía y de originalidad, sobre todo por la época en la que lo hizo, sacarse el carnet de conducir para poder ir a otros pueblos ya que esta actividad no se realizaba en todos ellos.

La venta ambulante o, como ella lo definió, la *Rotglà de Venda del Peix*, se desarrollaba solo en su pueblo y, cuando encontrabas a alguna mujer haciéndolo en Silla, Massanassa o Alfafar, era porque venía de Catarroja. Nunca fue una actividad que se desarrollara en otros pueblos, aunque alguno de estos, como en Silla, tuvieran una importante actividad pesquera. Tampoco se produjo en El Palmar que es el pueblo con el referente pesquero más importante del lago. Esto fue así porque allí, prácticamente, todos eran pescadores y tenían esa necesidad cubierta.

Remedios se compró una furgoneta Citroën muy antigua en la que recuerda que llegaba a cargar más de cien kilos de pescado y se desplazaba a pueblos más alejados de Catarroja como Llaurí, cerca de Sueca.

Ella, durante toda su vida de vendedora ambulante, tanto en su pueblo como en el resto de pueblos y mercados que visitaba, solo vendió lo que había pescado su marido, nunca lo de otros pescadores.

Cada pescador, cuando terminaba su jornada en el lago, llevaba a su casa una parte de lo que había pescado ese día. Cada mujer se lo arreglaba a su forma y se lo preparaba en cajas para, al día siguiente, poder salir a vender por las calles de Catarroja. Procuraban vender todo lo que su marido les traía cada día para que al día siguiente todo lo que vendiera fuera fresco.

Su vida no fue fácil, su madre se volvió a casar cuando ella todavía era muy joven y eso no le pareció bien, lo que le generó muchos problemas y discusiones. Esa fue la razón por la que se casó, para poder salir de su casa y empezar una nueva vida con su marido.

Ahora, mira atrás y cree con nostalgia que ha trabajado mucho, que ha luchado toda su vida y que siempre ha hecho lo que quería y lo que entendía que era lo mejor, aunque piensa que las mujeres que salían por las calles a vender no estaban bien vistas en el pueblo. La gente no siempre tenía un buen concepto de ellas y siempre tuvo claro que sus hijos no serían pescadores y no seguirían sus actividades.

Creo que una de las cosas que más me impresionó de todo lo que me contó es el sentimiento de orgullo de toda la labor de su vida, me dijo *eren dones valentes, jo estic molt orgullosa d'alló*.

Hubo un momento de nuestra conversación en la que le pregunté cómo podía organizarlo todo, cómo podía salir a vender y llevar su casa y me hizo una larga explicación de su día a día.

Por las tardes, cuando volvía su marido con la pesca, ella se lo preparaba en cajas y lo metía en las neveras para tenerlo fresco para el día siguiente.

A primera hora de la mañana salía a vender y lo hacía hasta que terminaba todo lo que llevaba ese día, que solía ser cerca del mediodía, en ese momento, como ella me dijo de forma textual, *em tenia que arromangar per a fer la faena de casa, porque jo tenia cinc tios a casa, quatre fills i el meu home*, que significa que se tenía que arremangar para hacer las faenas de casa ya que tenía cinco hombres en casa, cuatro hijos y su marido. Me cuesta imaginar su marcha diaria a lo largo de más de cincuenta años, me parece una labor admirable y un ejemplo para todos.

Al final se ha quedado con las ganas de haberse hecho lo que ella llama una *chaboleta*, una casita en el campo o un chalet donde ir a pasar los fines de semana.

Tiene en estos momentos de su vida una visión muy diferente de lo que era aquella realidad y lo que es la actual. Con una cara seria recuerda que ellos tuvieron una vida muy diferente, que era trabajar, trabajar y trabajar para ahorrar y que solo se gastaba cuando se podía.



Que ahora, sus propios hijos y la gente joven lo que hacen es trabajar y gastar, que no tendrán un duro nunca en la vida.

Para ella la vida ha sido vender pescado y, al terminar, ocuparse de su casa, de lavar, planchar y cocinar, siempre ella sola, porque aunque habla con mucho orgullo de su marido, como pescador y trabajador, de su marcha, de pescar gran cantidad de kilos y de hacer muchas jornadas de trabajo. Dice que para la casa no vale un duro, que es de los antiguos, antiguos, antiguos.

Tiene, además, el sentido crítico de que se ha hecho mayor y que con los años, su propio marido, la acusa de haberse vuelto *renegona*, que con la edad, al hacerse mayor, se queja de muchas cosas y reniega de casi todo. ❌

Con un carro y una cesta o cistellot, en el que llevaba el pescado, recorría las calles de Catarroja